

El grupo de jóvenes avanza camino de la ciudad, cabizbajos, tristes, sordos al vendaval que les fustiga, mudos... Todos llevan el traje de los domingos: pantalones de chinilla, chaqueta de casimir, banda de seda roja al cinto, recién lavado el pita y con ancha cinta negra en la copa; bajo el brazo estrujan sendos paquetes olorosos á ropa limpia, conteniendo los esmeros de la anciana madre, de la hermana y de la compañera que han quedado en la tranquera, recorriendo con angustiosa mirada la extensión del campo ó la vía que lleva á la ciudad.

El grupo no se advierte ya; atrás

quedó el campo, el surco recién abierto, las eras recién sembradas, la novia, una madre convaleciente, los pequeños cachorros de labrador, la amable compañera, la yunta de sardos de poderoso empuje, todo un universo.

La boca inmensa del cuartel se abre pesadamente y traga aquel puñado de labradores, aquella porción de vida.

Ahora, el campo puede echar sus cuentas; una resta. Seis menos en los hogares y en los surcos recién abiertos y en las eras recién plantadas. Acaso seis menos también en aquel concierto de afectos que una mañana hizo fundirse el ascua de un abrazo.

RUBÉN COTO

Balada de Noviembre

El verano regresa. Me lo ha dicho el viento, que he oído al despertar esta mañana; agitaba las ramas de los árboles y pasaba salmodiando con su tono profundo, mientras tras sí dejaba cristales y puertas en temblor.

Al oírlo he recordado luego á mi amigo, aquel extraño y hermoso muchacho con el cual convine en que me trataría como á un compañero.

¿Qué habrá sido de él? A menudo pienso en mi amigo, fúnebre y amargo, como Schopenhauer, su autor predilecto, á pesar de su juventud.

Algunas veces, sin embargo, sus sueños eran dulcemente tristes.

De éstos conservo algunos que arrancó de su diario para dejarme como un recuerdo.

He buscado y vuelto á leer las páginas que escribió al principiar el verano de 190...

«*Noviembre, Domingo 3.*—Ya ves, el verano quiere regresar. Esta madrugada me ha despertado el viento, ese viento heraldo de la estación de las ardes rubias y melancólicas.

Afuera agitaba las hojas de los plátanos. Movía los cristales de las ventanas, las puertas, y se colaba por las rendijas. No sabes lo que á mí me gusta ese viento! Lo quiero como á un

viejo amigo, y deseo poder explicarte la sensación que me invade al oírlo!

Viene... ¿de dónde? Con su murmullo extraño, pasa envolviendo mi casa y luego sigue calle abajo y se va, se va... ¿para dónde? Yo pienso en bosques lejanos donde las hojas de los árboles fueron lenguas cuando él pasó; en castillos ruinosos, por cuyos corredores y sombrías y grandes salas agitó su ala invisible levantando el polvo que hollaron quienes hoy también son polvo; pienso en la confortable cocina de una casa de campo, donde afuera es de noche, sopla el viento y cae nieve; el fuego brillando como una custodia de oro en el hogar, y rostros tranquilos de niños, hombres y mujeres, alumbrados por la luz temblorosa de este fuego; la abuela con su cabeza blanca que parece un copo de nieve que se funde en oro al contacto del reflejo de la llama alegre, deja oír su voz cansina que narra historias de aparecidos á los nietecillos rubios que la oyen con sus ojazos abiertos.

Pienso en la juventud dulce de mis hermanos los árboles, que muere cuando el viento del otoño viene, llevándose las hojas que pasan arrastrándose como adioses tristes.

Al soplar por los agujeros, paré-